

si son bastante necios para ello: la insolente bravata de los unos y la loca tranquilidad de que los otros hacen alarde no durará mucho. En cuanto á nosotros imitemos, no á esos desdichados, sino á los cuerdos y valerosos discípulos de Jesus. Sirvamos, sí, á tan dulce Maestro con todo nuestro corazon, sin debilidad ni temor. Y para recompensarnos, hará en favor nuestro un prodigio mayor aún que él que ejecutó en las bodas de Caná, á saber, el cambio de las amargas aguas de esta vida en un vino delicioso con él que embriagará nuestra alma haciéndola gustar de la eterna justicia de los cielos. Amen.

TESCER DOMINGO DESPUES DE EPIFANIA

EVANGELIO

Continuacion del santo Evangelio segun san. Mateo (viii, 1-13).

En aquel tiempo, al descender Jesus de la montaña, una gran muchedumbre de pueblo le seguia; y hé aquí que un leproso, yendo hácia él, le adoraba diciendo: Señor, si quieres, puedes limpiarme. Y Jesus extendiendo la mano, lo toco y dijo: Quiero, queda limpio. Y la lepra desapareció en el mismo instante. Entonces Jesus le dijo: Guardate de hablar de esto á quien quiera que sea, pero marcha á presentarte á los sacerdotes, y ofrece lo que está mandado por la ley de Moisés, para que esto sirva de testimonio. Habiendo entrado Jesus en Cafarnaum se le acercó un centurion que le dirigió una súplica en estos terminos: Señor mi siervo está enfermo de parálisis en mi casa y sufre horriblemente. Jesus le dijo: Iré y le sanaré. El centurion replicó: Señor yo no soy digno de que penetreis en mi pobre morada, pero decid una palabra y mi siervo será sano. Pues yo que no soy mas que un hombre á otros subordinado, tengo sin em-

Sequentia sancti Evangelii secundum Mattheum (viii, 1-13).

In illo tempore: Cum descendisset Jesus de monte, secute sunt eum turba multa: et ecce leprosus veniens, adorabat eum, dicens: Domine, si vis, potes me mundare. Et extendens Jesus manum, tetigit eum, dicens: Volo, mundare. Et confestim mundata est lepra ejus. Et ait illi Jesus: Vide nemini dixeris; sed vade, ostende te sacerdoti, et offer munus quod præcepit Moyses in testimonium illis. — Cum autem introisset Cafarnaum, accessit ad eum centurio, rogans eum, et dicens: Domine, puer meus jacet in domo paralyticus, et male torquetur. Et ait illi Jesus: Ego veniam et curabo eum. Et respondens centurio, ait: Domine, non sum dignus, ut intres sub tectum meum; sed tantum dico verbo, et sanabitur puer meus. Nam et ego homo sum sub potestate constitutus, habens sub me milites; et dico huic: Vade, et vadit; et alii: Veni, et venit, et servo meo: Fac

bre que se precipita en seguimiento de Jesus debiera mostraros el apresuramiento de que deberíamos tomar ejemplo para correr á

de truenos y relampagos. Y siempre que se proponia renovar en el corazon del hombre al temor que inspira su poder, último freno para las pasiones, inclinaba los cielos, bajaba impellido por el huracan, rodeado de destructoras llamas y la tierra desconcertada en sus mismos cimientos, derretíase cual cera que se pone junta al fuego al contemplar la justicia del Señor. Sal. xvii. Mas no es de esta manera como debía de restablecerse la union de Dios con el hombre. Una vez amedrentado con el espectáculo de su poder, una vez que el hombre estuvo del todo persuadido de su impotencia, al contemplar las amenazas de su justicia y ver brillar los fuegos de su santidad, Dios baja hácia el hombre con todo su corazon; baja lleno de mansedumbre y bondad; toma esta humana naturaleza espantada de sus faltas y confusa con su miseria: unela estrechamente á su divinidad y mas tarde esta union cimentada con su sangre y amor, conducela á reinar con Él en los eternos esplendores. De este modo Jesus baja de la montaña hácia la muchedumbre avida de recibirle, baja como la lluvia sobre el vellon, cual las gotas de rocío sobre la sedienta tierra; Sal. lxxi. Baja como el Buen Pastor para buscar á la descarriada oveja, estrecharla entre sus brazos y conducirla sobre sus hombros; baja como un padre corre al encuentro de su hijo que se ha arrepentido de sus culpas, como la madre que se esfuerza en abrigar á su niño sobre el regazo; baja mas todavia, con mas amor, baja todos los dias sobre el altar y desde allí hasta nuestro corazon. — III. « Mundo, no temas ya, alegrate y salta de júbilo, pues el Señor ha llevado á cabo una magnífica obra; Hijos de Sion alegraos y regocijaos en el Señor nuestro Dios, pues que os ha dado un doctor de justicia: y hará descender sobre vosotros la lluvia de la mañana y la de la tarde, como hizo en el principio. Vuestras eras se verán colmadas de trigo, y vuestros lagares rebosarán de vino y aceite. Comeréis con abundancia y quedaréis hartos; y alabaréis el nombre del Señor vuestro Dios que obró maravillas con vosotros. » Joel. ii, 21-26. Vivas y conmovedoras imágenes de las gracias que con Jesus vienen del cielo hasta el tabernáculo santo. Jesus gusta pues de descender, desde que bajó del cielo al seno de Maria; encontró en este misericordioso descendimiento tantas alegrías que recoger, ó mas bien tantas gracias que

postrarnos á los piés de Jesus, con el fin de gustar de los encantos de su divina presencia, escuchar de sus lábios las enseñanzas que de los mismos brotan y recibir sus beneficios¹. Esta misma muche-

otorgar que aunque haya vuelto á subir á los cielos, quiere descender todos los dias. Inventó para ello el sacramento del amor por medio del cual descende cada dia desde el cielo al altar y desde el altar á nuestro corazon. Mas bajo descendiera si fuera preciso para nuestra salvacion. Mas ¿ puede acaso descender y anonadarse aún mas? Anonadase en efecto en la forma eucarística: reducease á la pequeñez de un pedacillo de pan; y de este modo penetra en nuestro corazon como valiéndose de un engaño y tratando de sorprenderle. Adorable descendimiento de mi Dios, que se humilla para elevarme á mi hasta la virtud, la perfeccion, la gloria, para hacerme subir con Él hasta el cielo mismo: adorable descendimiento del amor en el sacramento, os reconozco como la mas elocuente prueba de la bondad de mi Dios y como el mas admirable invento de la ternura de mi Salvador. Desciende el amor y no contento con esto, gusta precipitarse, entregarse á efusiones sin cuento y cuanto de mas alto descende, tanto mas abundante es, tanto mas impetuoso para estenderse. ¿ Qué amor el vuestro, oh Salvador mio!; qué impetuosidad en vuestro descendimiento!; que abundancia en vuestras efusiones! Descendido del cielo al seno de Maria, habeis deseado descender aún mas, habeis descendido hasta habitar en un establo, hasta reposar en un pesebre. Subido á la cruz en lo alto de un monte habeis querido descender hasta el sepulcro. Ensalzado hasta los cielos habeis vuelto de nuevo á descender como por amorosa costumbre impellido, y descendéis cada dia en la Eucaristia; Corazon mio! ¿ cómo no lates de gozo y te inflamas de amor? Jesus descende y descende por tí, y descendiendo hácia tí. « Mi amado baja á su jardin, en medio de los perfumes para gozarse entre los flores y coger con su manos los lirios. » Cant. vi, 1, Machault, L'Eucharistie, 3^o serm. despues de Epif. n. 1.

1. *Descendente Jesu de monte secutæ sunt eum turbe multe.* Docente vero Domino in monte discipuli erant cum ipso, quibus datum erat celestis doctrinæ nosse secreta, per que salutis scientia brutorum corda salirent: cæcorumque oculis per mundanæ delectationis tenebras caligantibus, lucem patefaceret veritatis. Unde et Dominus ad eos: *Vos estis sat terræ; vos estas et lumina mundi.* Nunc vero descendente eo de

dambre, en la que no descubrimos sino *gente del pueblo*, nos enseñaría que una modestia posición, y sobre todo la pobreza, son con-

monte, turbæ secutæ sunt eum. In montem scilicet ascendere nequam poterant: quia quos delictorum sarcina deprimit, ad mysteriorum sublimia nisi abjecto onere scandere minime valent. Idcirco et filii Israel primitus in montem ascendere non poterant ad obviandum Deo, qui Ægyptiaca gravati conversatione præpediebantur, sed solus Moyses ascenderat, et pauci cum eo seniorum Israel. Veluti denique tunc cum Domino discipuli in montem ascenderunt, sic et modo fideles animæ Deum timentes, et Dominum diligentes: regna cælestia desiderantes, Dominum semper sequentes, post Dominum in illum cælestem montem ascenderunt, audientes Aposololum dicentem, Coloos. iii, 2. *Quæ sursum sunt, sapite; quæ sursum sunt, querite, ubi Christus est in dextera Dei sedens.* Descendente nunc Domino, hoc est, inclinante se ad infirmitatem et impotentiam cætorum, misertus imperfectionis eorum, vel infirmitatis, *secutæ sunt eum turbæ multæ*: quidam propter caritatem, plerique propter doctrinam, nonnulli propter administrationem et curationem (Origen. Hom. 5. in diversos). — Non caret mysterio, quod *turbæ* Dominum secutæ dicuntur, postquam e monte descendisset, cum non poterint cum discipulis sequi Dominum in montem ascendentem. Id enim nobis significat, Dominum cum adhuc in cælis apud Patrem maneret, paucos habuisse, qui ad illum accederent; at postquam de monte suæ divinitatis descendit, et humanitatis nostræ fragilitatem assumpsit, magnam turbam nationum secutam eum. Deinde et illud significat, paucos esse qui cum ipso ad perfectionem evangelicam conscendere valeant; multos tamen esse, qui illum sequuntur in inferioribus consistentem, et præcepta sua infirmitati multitudinis attemperantem. Notanda autem hic est vis divini verbi a Christo prædicati, cum illud post ipsum tot turbas traxerit (EISENGRÆN, *Postilla cath.* Dom. iv post Nativ.). — *Et descendente de monte, secutæ sunt eum turbæ multæ.* Vide quia super montem, discipuli tantum dicuntur ascendisse ad Jesum; descendente autem eo de monte secutæ sunt eum turbæ, et merito *multæ turbæ*; quia mons, est virtutis fastigium; cacumen Ecclesie, in quo appropinquare Christo non possunt turbæ, vel peccatis gravatæ, vel curis mundialibus oneratæ. Nec possunt imitari Christum, nec sublimes audire sermones, qui dicuntur in monte: sed soli disci-

diciones mucho mas ventajosas para seguir á Jesus y salvarse, que las riquezas y honores.

Mas dejando por hoy tales asuntos y otros á ellos semejantes, me propongo hablarlos, en el presente discurso, de lo que, al principio de el Evangelio de este dia ha llamado especialmente nuestra atencion, esto es, del leproso. ¿Qué es lo que se descubre, á poco que fije uno su atencion, en ese desgraciado? Dos cosas en extremo instructivas. La primera es que la terrible enfermedad que sufre esto es la lepra, es figura exacta del pecado. La segunda es, que á causa de las disposiciones, que al presentarse ante Jesus,

puli, qui a passionibus vitiorum liberi sunt, qui curis mundialibus non onerati sunt. Propterea quasi leves, et expediti, ad Christum accedere possunt facti imitatores ejus in omnibus, ut sublimiores sermones ipsis possint audire. Et tamen cum descenderet ad humilia de altitudine pietatis propter infirmitatem hominum sequi eum non poterint super montem, tunc sequuntur eum turbæ multæ (Auct. *Op. Imperf.* Hom. xx in *Matth.*

1. Per montem in quo Dominus sedet, cælum intelligitur, de quo scriptum est, Is. 66: Cælum mihi sedes est. Sed cum Dominus in monte sedet, soli discipuli ad eum accedunt; quia antequam fragilitatis nostræ humanitatem assumeret, notus erat tantum in Judæa Deus, Ps. 75. At vero postquam de monte suæ divinitatis descendit, et humanitatis nostræ fragilitatem assumpsit, magna turba nationum secuta est eum. Demonstratur autem doctoribus, ut in prædicatione sua sermonem habeant temperatum: et sicut viderint unumquemque capere posse, ita et verbum Dei annuntient. Ascendunt enim in montem doctores, cum perfectioribus excellentiora præcepta ostendunt; descendunt vero cum infirmioribus leviora demonstrant (HAYN. ap. S. Th. *Cat. aur.* in *Matth.* viii). — *Cum descendisset Jesus de monte, secutæ sunt eum turbæ multæ.* Jesus modo ascendit in montem, modo descendit ad turbas, que Dominum de monte ad se venientem sequuntur: ut discant viri apostolici in montem orationis ascendere, et inde descendere ad laborandum pro populo; sic enim efficaciter laborabunt, eosque populus audiet et sequetur (SCHOUPE, *Evang. illustr.* dom. iii, post. Epiph.).

hace alarde de llevar para obtener su curacion nos ofrece una imágen no ménos exacta de las disposiciones que debemos nosotros mismos tener si deseamos ser purificados de nuestros pecados. La lepra figura del pecado; el leproso figura del pecador arrepentido, hé aquí, en dos palabras, cual será el asunto y al propio tiempo la division de nuestro discurso en esta mañana.

I. *La lepra figura del pecado.* — Los Paúres é intérpretes de la Escritura Santa unánimemente enseñan que la lepra es figura del pecado¹. Entre la causa, naturaleza y efectos de tan terrible enfer-

1. Lepra est peccatum animarum nostrarum. Ideo ergo Dominus de altitudine caeli, quasi de excelso monte descendit, ut lepram peccatorum nostrorum mundaret. Quare putas iste (leprosus) inter ceteros non ascendit in montem, ut audiret sermones divinos? Quia lepra erat gravatus, et peccatorum bajulans pondus, sursum ascendere non valebat. Aut non audisti prophetam dicentem, quomodo leves esse debeant, qui ad ecclesiasticum montem ascendunt? *Quis, inquit, ascendet in montem Domini, aut quis stabil in loco sancto ejus? Innocens manibus, et mundo corde, etc.* Sic quicumque in malis ambulat, non potest in Ecclesiam ascendere, quæ mons Domini appellatur, nec audire spirituales doctrinam. Et si venit, corpore quidem venit, animo autem non ascendit; qui autem cum puro corde non venit, nihil illi prodest, quia corpore venit. Et si audit spirituales doctrinam, non intelligit; quia sensus ejus carnalium vitiorum lepra corruptus est. Nemo enim bonarum rerum potest sentire saporem, quamdiu delectatur in malis. Quamdiu enim delectat eum malum, non potest eum delectare bonum. Tunc autem incipit ei placere bonum, quum cœperit ei displicere malum (Auct. *Op. imperf.* Hom. xx in Matth.). — *Et ecce leprosus...* leprosus iste peccatorem significat, qui coram Deo et angelis, et omnibus sanctis, foetidior et abominabilior est omni leproso, et ideo tanquam leprosus de consorcio sanctorum ejiciatur in die novissimo. « Præcipe filiis Israel, ut ejiciant de castris omnem leprosum, » etc. Num. v, 2. Filii Israel angeli sunt, qui, sicut dicitur, « separabunt malos de medio justorum. » Matth. xii, 49. Quicumque hanc ejectionem evadere vult, nunc petat mundari a lepra peccatorum. Mundatur autem homo quadrupliciter: videlicet regeneratione baptismi, contritione penitentiali,

medad en el cuerpo hay gran analogía con la causa, naturaleza y efectos del pecado en el alma. Hé aquí lo que voy á tratar de explicaros en pocas palabras.

Era la lepra una enfermedad bastante comun en la Judea en los pasados tiempos. Aún existe hoy dia, pero va ya desapareciendo. Im-

oratione virtuali, tribulatione temporalí (S. Bonav. *serm.* 1, dom. iii post Epiph.). — *Et ecce leprosus...* Nomine leprosi bene peccator intelligitur. Nam sicut morbus lepræ est generanti assimilativus, corporalis pulchritudinis deformativus, et communis habitationis separativus; sic peccatum, maxime multiplicatum, habet tria mala in anima facere. Nam primo peccatum superbiæ et ambitionis animam assimilat paternæ malignitati; secundo peccatum luxuriæ et fornicationis animam deformat in pulchritudine naturali; tertio peccatum avaritiæ et cumulationis animam separat a communi habitatione paradisi. Unde peccatum superbiæ, ratione malignitatis, quia assimilat, est odiendum peccatum luxuriæ, ratione fœditatis, quoniam inquinat, est abhorrendum; peccatum avaritiæ, ratione separationis a Deo, quam facit, est fugiendum (idem, *serm.* 2). — *Et ecce leprosus veniens...* Lepra morbus erat olim, in Syria præsertim, imo etiam hodie in variis Orientis regionibus valde frequens. Morbus ille-1) gravissimus erat, totum corpus quasi corruptens; -2) humanis remediis insanibilis; -3) fœdus, nam lepra tanquam cancer putridus carnem hominis scabritie et sanie maculabat: quare ejus sanatio vocabatur *mundatio*; -4) contagiosus; nam et contactu, et fœtore atque anheliu leprosi facillime communicabatur; -5) horribilis: nam leprosus facie difformi, naribus dilatatis, lingua turgida, barba et pilis oculorum evulsis, totoque corpore quasi putrescente, tanquam vivum cadaver apparebat. — Leprosi apud ethnicos ejiciebantur in solitudines et silvas, longe ab hominum conspectu et commercio. Apud Judæos, juxta legem Mosaicam, arebantur a concivium societate, nec sine contaminatione attingi a quopiam poterant; et si peculiari Dei favore sanarentur, non prius restituebantur hominum convictui, quam sacerdotum judicio declararentur sani, et *munus mundationis* obtulissent. Levit. xiv. — Primum miraculum post descensum de monte, Christus voluit esse curationem leprosi, quia lepræ natura optime, per tropologiam, peccati fœditatem et noxam representat; æque ac lepræ curatio, peccati remissionem. Atque ideo Dominus in passione

portaronla à Europa los cruzados al volver de la conquista de Tierra Santa y en nuestro continente se mantuvo durante largo tiempo: hoy puede decirse que ha desaparecido del mismo, casi por completo. La causa de tan terrible enfermedad consistia en una descomposicion de la sangre. Del mismo modo la causa del pecado es generalmente la concupiscencia, esto es el principio corruptor que con nosotros al nacer traemos à esta vida y del cual no nos libra el Bautismo.

Considerada en sí era la lepra una especie de cancer general, que devoraba todo el cuerpo. Igualmente el pecado es un verdadero cancer espiritual que devora ó destruye el alma por completo.

Horribles eran los efectos de la lepra. Comenzaba por privar à aquel à quien atacaba, de toda su belleza natural y del atractivo que proporciona el disfrute de una buena salud. De igual manera el pecado despoja al alma de la túnica de inocencia que la cubre desde el Bautismo y que tan accepta y agradable à los ojos de Dios y de los ángeles la hacia. — Una vez que al cuerpo le arrancara la salud y hermosura cubriale la lepra de lividas manchas y asquerosas llagas de las que escapaba nauseabundo hedor insoportable para el mismo enfermo, y mas aún para aquellos que al mismo se acercaban. El pecado tambien, despues de despojar al alma del encanto de su inocencia la cubre de repugnantes llagas y manchas vergonzosas. Bien es verdad que nosotros no las vemos; mas no por eso son ménos ciertas, y Dios lo mismo que sus ángeles las ven perfectamente; y el mismo horror que causarnos pudiera un leproso, el mismo horror que à nuestros semejantes causaríamos si descompuestos en vida nuestro cuerpo cayera à pedazos podrido enteramente, ese horror es el que à Dios y los ángeles causa la vista de un alma en pecado. — Privaba la lepra por completo al leproso

sua, leprosi formam assumpsit, ut lepram anime nostræ in se suscipere et curaret: Putavimus eum quasi leprosum. Is. LIII, 4. (SCHOUPE, *Evang. illustr.* Dom. III, post. Epiph.).

de toda su fuerza y vigor de tal manera que imposible le era al pobre enfermo entregarse à cualquier género de trabajo para subvenir à las necesidades de su existencia. El pecado debilita tambien al alma privándola de los auxilios de la gracia que la prestaba fuerza para llevar à cabo actos heroicos de virtud, y la deja de ese modo expuesta à ser el juguete de sus enemigos. — Exhalaba el infeliz enfermo de lepra un olor insoportable, como dejamos dicho, El alma en pecado mortal, en vez del perfume que de sí despiden las virtudes, perfume que por doquier difunde cuando en estado de gracia se encuentra, despide de sí un olor fetido de podredumbre que disgusta à los que con ella tratan y desagrada aún al mismo pecador de tal modo que si pudiera huiria léjos de sí mismo. — La lepra depravaba el gusto de aquellos en quienes hacia presa. El pecado del mismo modo, trueca las inclinaciones todas del alma. Aquel jóven tan virtuoso, recogido, de tan sanas costumbres que no se atrevia jamás à pronunciar una palabra malsonante que hiriese la santa virtud de la pureza, ha cambiado por completo desde que el pecado anida en su alma. Aquella jóven tan modesta, tan juiciosa y prudente que jamás hubiera permitido la menor libertad en su presencia; cuán grande ha sido su mudanza desde que su alma fué presa del pecado. ¿Presencióse jamás mudanza mas completa que la que en David efectuó el pecado? Aquel rey tan dulce, moderado y paciente, ordena que se coloque à Urias en el lugar mas comprometido del combate, sin tener en cuenta los relevantes servicios que aquel oficial le habia prestado durante su reinado y sin mas objeto que sacrificarle à su pasion para poder, despues de la muerte del mismo, gozar mas libremente de Betsabé, su esposa. — Era la lepra ademas una enfermedad contagiosa, y aquel que à un leproso se acercaba, le tocaba, respiraba su aliento infaliblemente contraia la enfermedad. ¿Quién desconoce el contagio del pecado? Comunicase, en efecto, por los ojos, las palabras, las acciones, los ejemplos. ¿Necesitaré acaso decir, que el éxito obtenido por un ratero es origen de otros muchos de su clase, que la vista de una mujer impúdica enciende en el corazon del hombre

criminales deseos y que la compañía de un borracho arrastra á abusar del vino? A causa de lo contagioso de la enfermedad, era separado el leproso de la sociedad de sus semejantes y no podia gozar por tanto de las ventajas de que los demás ciudadanos gozaban. Asi tambien el pecador, por el mero hecho de su pecado vese excluido de la sociedad de los hijos de Dios. Y no tiene participation en los bienes espirituales que á los mismos son comunes. Si la Iglesia le mira como uno de sus miembros, considerale, sin embargo, como à miembro inútil, incapaz de llevar à cabo obra alguna buena, merecedora del cielo, miéntras en el pecado permanece. — Enfin la lepra era una enfermedad casi incurable y despues de arrastrar una vida miserable esperaba al infeliz leproso una muerte atroz. Asi tambien no puede el pecado curarse valiéndose de los humanos medios y el pecador abandonado à sí mismo no puede evitar la muerte eterna.

Vivamente penetrado por lo terrible de estas verdades pregun-

4. Illud mecum cogitate : In veteri lege lepra corporis ita cavebatur, ut leprosi soli esse juberentur, et quicumque maculatum lepra tangeret, esset immundus. In spiritali autem lepra, Deus bone, quam nulla utitur diligentia. Passim vagantur per urbem blasphemi, scortatores, adulteri, avari, raptores : nemo eos aversatur ; quin iis plerumque, ut ditioribus, magis ab omnibus favetur. At non olim ita fiebat cum Christianorum mores erant compositiores. Si quis, ait Paulus, I. Cor. v, cum frater appelleretur, fuerit scortator, aut avarus, aut simulacrorum cultor, aut convitiator, aut ebriosus, aut rapax ; cum ejusmodi ne cibum quidem capiat. Et alibi dicit, II. Thess. III : Si quis non obedit sermone nostro, per epistolam hunc indicate, et ne commercium habeatis cum illo ; ut pudore suffundatur. Hæc facta indicant, maximam nostri partem esse lepra infectos, et commune malum communi dissimulatione tolerari. Quare expergiscamur, et desinamus tam periculosum somnum tandem dormire, et cum hoc evangelico leproso tota mente atque intimis affectibus postulemus hanc emundationem ; quam procul dubio, si eam non inerte ac frigide, ut hactenus factum est, sed ex animo, ac omni adhibito studio ac cura postulaverimus, consequemur (EISENGREIN, *Postilla cath.* dom. IV. post Nativ.).

taba un día san Luis, rey de Francia, à su senescal de Champagne, que es lo que preferiria si enfermar de la lepra ó cometer un pecado. Joinville contestó que preferia cometer diez pecados mortales. « Os engañais miserablemente, le dijo el rey, porque juzgais segun la carne. No hay lepra mas horrible que el pecado al que Dios castiga en la otra vida con una muerte eterna. Si me apreciáis en algo, cambiad de opinion. » Tal vez pensemos nosotros como Joinville. Mas despues de lo que de oir acabamos, debemos estar persuadidos que si tales son nuestros juicios estamos en el error. Penetrados de tales sentimientos á imitacion de san Luis debemos considerar el pecado como el mas terrible de todos los males puesto que es mas terrible que la lepra la mas horrible de todas las enfermedades. Si cristianos, estemos persuadidos de una verdad tan cierta é infalible, huyamos por consiguiente, con todas nuestras fuerzas del pecado como si al huir de él huiesemos de la lepra.

Si acaso tuviésemos la desdicha de cometer el pecado, no por eso nos desesperemos. Pues si el pecado, como la lepra es muy difícil de curar, no es sin embargo, como tan terrible enfermedad, completamente incurable. ¿Qué hemos de hacer para obtener el perdón? Pues lo mismo que hizo el leproso para conseguir su curacion, y lo que vamos à ver ahora al considerar lo que resta del Evangelio.

I. *El leproso figura del pecador arrepentido.* — La conducta del leproso nos la hace saber el Evangelio por medio de estas palabras : *Yendo al encuentro de Jesus le adoró diciendo : Señor, si quieres, puedes sanarme.* Hé aquí precisamente lo que debe hacer el pecador que se arrepiete sinceramente de su pecado y que, por lo tanto, desea obtener el perdón del mismo y quedar sano de la enfermedad que la culpa en el alma engendra. Consideremos ahora separadamente las circunstancias todas de esta evangélica relacion.

Dice en primer lugar el Evangelio que el leproso *fué al encuentro de Jesus.* No esperó aquel desgraciado à que Jesus se le acercase. Comprendiendo perfectamente la gravedad de su mal, empleaba

los medios todos que de tan triste situacion pudieran sacarle. Llegado á sus noticias que Jesus habia operado numerosas curaciones que eran consideradas como imposibles, y que pasaba precisamente aquel dia por cerca del lugar en que él estaba, resolvióse implorar á Jesus para que le curara. No le era muy fácil que digamos, al pobre leproso, el poner en práctica su justo deseo. Era necesario por una parte soportar la vergüenza que debia causarle el presentarse en semejante estado ante la muchedumbre que á Jesus rodeaba, así como tambien el respeto humano que, en semejante circunstancia, debia experimentar naturalmente al postrarse á los piés de Jesus. Por otra parte debió decidirse á desafiar y despreciar el castigo en que incurria, al desobedecer la ley que prohibia á los leprosos el acercarse y tratar con sus semejantes. El deseo sin embargo de verse libre de su terrible enfermedad era tan grande que saltó por todo, y vino al encuentro de Jesus.

Pues bien, esto es lo primero que debemos hacer si tenemos la desgracia de cometer un pecado ¿ lo hacemos así? Sabemos que Jesus puede curarnos; sabemos donde le podemos encontrar, que es en la persona de sus sacerdotes: ¿ vamos acaso inmediatamente á su encuentro? ¡ Ah! cuántas veces para su gracia inutilmente para nosotros; inutilmente sí, señala ó nos indica su presencia por medio de sus beneficios ó haciéndonos contemplar su justicia; inutilmente la voz de los oradores sagrados nos repete que está cerca el dia de la salvacion: permanecemos, á pesar de todo esto, sumidos en profundo estupor, no experimentamos deseo alguno de acudir á Jesus y pedirle la curacion de nuestra alma. Si acaso tenemos algun conocimiento de lo miserable de nuestro estado, el menor esfuerzo que nos sea necesario hacer parecemos tan insuperable que nos resignamos cobardemente á permanecer en nuestra miseria. ¡ Ah! si se tratara de curar la picadura de cualquier venenoso insecto, ya correríamos con febril apresuramiento en busca de un medico, mas como se trata de nuestra alma, mordida por la infernal serpiente, cuyo veneno causa la muerte eterna, cuando no se cuida la llaga convenientemente; ¡ no tenemos miedo, ni nos espantamos

y dormimos tranquilos! Ilumine nuestras almas el ejemplo del leproso, que no se para en los obstaculos que le impiden presentarse á Jesus en cuanto puede para pedirle su curacion y obrando como él en cuanto hayamos cometido el pecado, pidamos al Señor perdon del mismo y que nos haga mas santos y prudentes para el porvenir.

Ya está el leproso en presencia de Jesus ¿ qué creéis que hace? Pedirle enseguida su curacion? Nada de eso; por grande que sea su deseo de verse sano, otro sentimiento le domina por entero: el sentimiento de la dignidad soberana de Jesus y su propia humillacion. Por eso lo primero que hace es postrarse á los piés de Jesus, arrojándose¹, poniendo su frente en tierra² y adorándole como á Dios³. Pues bien, hé aquí como hemos de proceder nosotros: confundidos y avergonzados por completo á la vista de las manchas de que nuestra alma está llena, debemos presentarnos á Jesus como anonadados y rendidos⁴. Pero « cuantos pecadores si alguna

1. Marc. I, 40. — 2. Luc. v; 12. — 3. Matth. viii, 2.

4. *Adorabat eum... Deprecabatur cum genu flexo... Procidit in faciem suam...* Sic nimirum non solum exhibit Christo cultum, sed etiam exterium, in genua et faciem humiliter prostratus. Unde hic consideratione et rememoratione d'gnum est id (quam signanter notant SS. Evangelistæ) quoscumque ad Christum accedentes beneficium aliquod poscendo, vel jam acceptum confitendo, id fecisse adorando, et ad pedes ejus cadendo. 1º Dum sanctus Matthæus mentionem facit principis pro filia sua defuncta Christum interpellantis, dicit: *Accedens adorabat eum.* Sanctus Marcus de eodem dicit: *Procidit ad pedes ejus, et deprecabatur eum multum.* 2º Mulier Chananaea, veniens ad Christum, *adoravit eum, dicens: Domine adjuva me.* Sic sanctus Marcus dicit de muliere Syrophœnissa, cujus filia habebat spiritum immundum: *Intraivit et procidit ad pedes Christi.* 3º Mulier fluxum sanguinis patiens, postquam sanitatem percepit, *cecidit ante pedes Christi,* confessa acceptum beneficium. Quod idem et de Maria pro Lazaro defuncto rogante dicitur 4º De leproso Samaritano a Christo sanato dicit sanctus Lucas: *Cecidit faciem ante pedes ejus, gratias agens.* Quod ille fecit percepta jam sanitate noster leprosus fecit dum precaretur sanitatem. Quod si id toties

vez bien sea por costumbre, bien por propia conveniencia ó por cualquier otro motivo, se presentan en el templo del Señor, á penas si se dignan doblar una rodilla y en el modo de estar en las miradas que dirigen en la manera de hablar hacen alarde en el santuario, en presencia de Dios que allí reside, de una arrogancia de la que de seguro se avergonzarían en el seno de la sociedad y hasta de su familia ! Para algunos pocos publicanos penitentes que golpean su pecho é imploran misericordia, cuántos audaces fariseos se

contingit Christo adhuc in carne mortali agenti, ut adoraretur adeo humili prostratione, quanto magis id nobis faciendum est, dum obsecrantes accedimus ad eum jam glorificatum ? Quidquid ergo obganiant heretici, adorandus est Christus, sive in cælo, sive in sacramento, non solum interius animo et mente, sed etiam exterius prostrato corpore ; quia non solum animi et mentis, sed etiam totius auctor est corporis. Quapropter per externum cultum internum declaramus, totos secundum animam et corpus nos Deo subservientes et offerentes. Itaque dum lacrymas fundimus, interiorem dolorem testamur ; dum in terra jacemus, humilitatem profitemur ; dum manus complicamus et genua flectimus, reos nos agnoscimus ; dum pectus tundimus, fatemur a corde nostro prodire originem mali omnis. Similibus externis signis corporis, veri fideles internam spiritus dispositionem vel significant, vel quoad in se est, excitant. Hoc nos sancti docuerunt, docuit et Christus in horto orans prostratus. « Si prostratus in terra orat medicus, quare non inclinetur ægrotus ? » inquit sanctus Casarius Arelatensis, hom. 29. Christum imitari nos docet Apostolus : « Flecto genua ad Patrem a quo omnis paternitas in cælo et in terra nominatur, etc. » Docuerat ipsimum prius propheta et rex David : « Venite, adoremus et procidamus ante Deum, ploremus coram Domino ; » fecit et ipse id cum oraret pro parvulo suo ex Bersabee nato « jacens super terram. » Docuerat idem et Elias suo exemplo qui orans posuit faciem intergenua sua, Primo procubuit in genua, deinde demisit caput suum usque in terram, in signum, humillimæ et ferventissimæ orationis. Exemplo igitur horum omnium, humiliemus nos in oratione ; exemplo leprosi ac eorum qui a Christo beneficia postularunt, procidamus ad pedes Jesu, non poterit nos repellere, ac petita denegare (MARGHANT: *Rat. præd. Dom. III. post. Epiph.*).

contemplan, con la frente erguida, insultando á la justicia divina despues de haberla ultrajado ! ¿ *No has visto*, dice el Señor á su profeta, *à Acab humillado ante mí ? Puesto que por mí se ha humillado, apartaré de su persona las plagas que mereciera*¹. Pronto está el Señor á decir eso mismo de nosotros. Su brazo sobre nuestras cabezas suspendido, puede ser desarmado por nuestra propia y sincera humillacion. Inútilmente se humilla Antiocho ante la mano divina que le hiese, pues su humillacion no es sino aparente y sus palabras arrancadas por el temor á la muerte no son expresion de religiosos sentimientos. En vano os humillaréis ante el Señor ; en vano le dirigeréis vuestras súplicas si en vuestro corazon anida la arrogancia. La humillacion exterior no es mas que imágen, señal ó figura de la que en el alma reinar debe, y sin esta de ningun valor aquella sería. Si se separan no será la primera mas que hipocresia, un simulacro de penitencia, mas propio para irritar que para aplacar á Dios. No era esta ciertamente la humillacion del leproso del Evangelio ; y la súplica que al Señor dirigiera bien claro nos lo da á entender². »

Señor, le dice, *si queréis, podéis sanarme*. Estas breves palabras están en verdad muy acordes con la actitud y el paso que acababa de dar el leproso ; expresan, en efecto, á un mismo tiempo una iltimada confianza en el poder del Salvador, y un gran temor en la indignidad de quien los pronuncia, ¿ Creia el leproso expresamente en la divinidad de Jesucristo ? Hay Padres de la Iglesia que así lo aseguran. Lo que parece probable es que habia oído hablar de Jesus como de un hombre celestial, lleno del espíritu de Dios, como de *un profeta poderoso en obras, y en palabras Dios y ante el pueblo*³, y esto habia bastado para darle la seguridad de que podia sanarle⁴. Mas, ¿ querria hacerlo ? Ciertamente creia el leproso que Jesus del mismo modo que podia obrar todo bien, querria lo mismo eje-

1. III. Reg. xxi, 29.

2. La Luzerne, *Exptic. des Evang.* III. dim. apr. l'Épiph.

3. Luc. xxiv, 19.

4. Adorabat. Fecit id leprosus non tantum ut civilem honorem, sed

cutarlo; pero al propio tiempo temia ser indigno de obtener su curacion. Por lo cual dice con fé y humildad: *Señor, si queréis, podéis curarme* ¹.

potius ut religiosum cultum patriæ Christo exhiberet, ut patet ex tam humilii tantaque fidei ejus petitione, non enim dixit: Si rogaveris Deum, ut Moyses, sed: *Si vis potes, me mundare*. q. d. Scio te pariter esse cum Deo Patre potestatis, et consequenter morborum Dominum, ut lepræ herili jure imperare, eamque solo jussu a me depellere possis. Rogo ergo ut id facere velis et digneris; si velis, res acta est, sanus sum. Ita S. Chrysostomus, *homil.* 26; Theophylactus, Euthymius, Maldonatus et alii. Unde S. Chrysostomus: « Spirituali medico, ait, spirituales offert mercedem, scilicet fidelem orationem, qua nihil dignius Deo offerimus. » Et Glossa Interlinearis: « Voluntas, ait, potestatem triboit; » nam quanta est voluntas, tanta est et potestas Dei; quidquid enim vult, hoc illico facere potest, juxta illud: *Omnia quæcumque voluit dominus, fecit in celo et in terra* Psal. cxxxiv, 6. In Deo enim voluntas, potentia cæteraque attributa sunt paria et æqualia, quia divina, immensa et infinita. Habuit ergo leprosus fidem divinitatis Christi, partim ex ejus interna illuminatione et inspiratione, partim ex miraculis quæ plura jam Christus pararat primo anno predicationis suæ. Leprosus enim hic anno secundo sanatus est, uti dixi in Chronotaxi. Rursum, *tò si vis* notat desiderium curationis mixtum cum resignatione: resignat enim et submittit se voluntati Christi ut si velit curet; si nolit, non curet. Morbi enim et lepræ sepe anime salutis sunt utiles vel necessarij, idque scit Deus, sed nescit homo: quare se Dei judicio et voluntati resignet oportet, nec ea postulare debet absolute, sed conditionate, si videlicet Deo placeat et anime salutis id profuturum sit (CORN. A LAP. *Comm. in Math.* viii, 2).

1. *Si vis, potes me mandare*. An de divina diffidit pietate? An non agnoscit quod eum alloquatur cui proprium est miserij, et parcere? Equidem. Addit tamen: *si vis!* — Primo, quia veretur ne divina ipse sit indignus misericordia, et ideo totum negotium sanitatis ejus sanctissime committit dispositioni et voluntati. Scit in se nulla esse merita, multa agnoscit demerita: et ideo non audeat Dominum absolute pro sanitate rogare. Unde sanctus Ambrosius: « De voluntate Domini non quasi pietatis incredulus dimitavit, sed quasi iniquitatis sue con-

Mas ilustrados que aquel desdichado leproso, sabemos que Jesus, no es solo un profeta, sino que verdaderamente Dios, y por consiguiente debemos creer, con mayor seguridad, que el leproso, en su divina y soberana omnipotencia. Debemos creer que no hay para él enfermedad alguna incurable, pecado alguno irremisible, y

cuius non præsumpsit. Religionis autem et fidei plena confessio est, quæ in voluntate Domini tribuit potestatem. *Si vis, potes me mundare*; immundus sum, meipsum mundare nescio. Non absimiliter Magdalena et Martha, ægotante Lazaro; mittunt ad Christum, et dicunt: *Ece quem amas infirmatur*. Non rogant ut sanet, sed ægrum demonstrant, ut quod voluerit, præstet. Sic tres pueri, Dan. 3, dicunt regi: *Deus noster quem colimus, o rex, potest nos eripere de camino ignis ardentis. Quod si voluerit, noverit quod statuum tuam non adoramus*. Conformant se divinæ voluntati, sive eripere voluerit ab igne, sive non; interim certo fatentur ipsam sola id posse voluntate. — Secundo docemur hic, quomodo orare debeamus apud Dominum, cum temporalia beneficia postulamus. Cum enim certo non sciamus hæc nobis expedire, sub conditione petenda sunt. Unde æger, licet gravissime afflictus sit, non dicat: « Sanitatem mihi, Domine, restitue; » sed exemplo leprosi dicat: *Domine, si vis, potes me sanare*. Si vis, id mihi bonum esse scies; si non vis, et id mihi etiam bonum erit, quia nihil vis nisi providentia tua ordinando in bonum. Sic quidam anachoreta, de quo in vitis Patrum, in acerrima et prolixissima ægitudine nunquam ausus fuit a Deo postulare sanitatem vel aliquod levamen ægitudinis, sed his solum orare solitus erat verbis: « Miserere mei, Deus, sicut vis, sicut scis. » Nesciebat ipse quid sibi expediret, Deum scire noverat, atque etiam velle: ideoque ejus voluntati et scientiæ omnia committebat. Refertur et ibidem de quodam sancto Patre, qui sexaginta annis leprosus in eremo egerat, Deo ei necessaria miraculose providente, nec tamen sanitatem resituyente, quia salutis ejus non expediebat. Quodam autem die, cum quis eum visitans pecuniam offerret, quæ se sustentaret, indignabunde rejectit eam, et dixit: « Tu post sexaginta annos venis auferre nutritorem meum? Ecce tanto tempore in infirmitate mea nihil indigui. Deo tribuente et pascente me. » Habes et de aïo leproso, cujus cum carnes plane defluerent acerrimis cum doloribus, nihilominus in spiritu exultabat, nec sanitatem postulabat: cui rei cum rationem quidam ab eo exposceret,

que la misma muerte obedece á su voz y devuelve á la vida á los que la perdieron. Mas si debemos creer mas firmemente aún que el leproso en la omnipotencia de Jesus, debemos temer todavia mas nuestra indignidad. No somos, en efecto, pecadores ordinarios. Si caemos, lo hacemos con mayor conocimiento que los otros. Y despues de ser perdonados ciento y hasta mil veces, hemos vuelto á caer añadiendo á la malicia la cobardía y la ingratitud á la perfidia¹.

responsum istud accepit: « Inter Dominum et me non mediat nisi paries de luto, hoc est corpus meum; quo contracto et interstitio dissipato ad ipsum me perventurum conscientia teste scio. Videns ergo quotidie dissolvi hunc parietem, præ lætitia canto, ad Deum sine impedimento brevi perventurus. » Itaque temporalia beneficia a Deo quandoque petenda non sunt, si non expédiant; quandoque petenda sub conditione, sub beneplacito voluntatis ejus, si expedire nobis sciat Deus. — Spirituality bona, in quibus salus nostra consistit, non petimus sub conditione, quia semper expédiant: et si illa velimus, etiam vult nobis illa Deus impertiri. Imo conqueritur quod ea nolimus, sed quodammodo contemnimus, nec ex animo petamus, aut ad ea, ut oportet, non adspicimus. Utique *vult omnes homines salvos fieri*, ut dicit Apostolus: si nimirum et ipsi velint. Sic enim id interpretatur sanctus Ambrosius, dicens: « Si is qui est omnipotens dicitur velle omnes homines salvos fieri, cur non impletur voluntas ejus? » Respondet: « In hac locutione conditio latet, vult enim omnes salvos fieri, sed si accedant ad eum; non enim vult ut nolentes salventur, sed vult illos salvari, si et ipsi velint (March. Rat. prædic. Dom. III. post Epiph.).

1. *Domine, si vis, potes me mundare.* Potest dici, non tantum peccatorem posse hæc verba ad Christum dicere, sed vicissim etiam et multo magis Christum eadem verba repetere ad peccatorem, et dicere: Si vis, potes mundari; sicut olim sanctus Thomas Aquinatis sorori dicebat: « O utinam et ego: sancta essem, » dixit: Si vis, potes. Ostendatur ergo, quantum positum sit in seria voluntate, et proposito se emendandi, ita ut Thomas a Kemp. lib. II, c. XIX, dicere ausus sit: « Secundum propositum nostrum cursus profectus nostri, etc. » Et quod variis exemplis secularium, maxime mulierum, imo et infantium, serio aliquid proponendum, probari potest (LONNER, *Bibl. conc. Index conc. Dom. III. post Epiph.*).

Imitemos al leproso acercándonos con temor y confianza á Jesus pidiéndole la salud, considerando su misericordia y contemplando nuestra indignidad es como debemos acercarnos al tribunal de la penitencia, si estamos verdaderamente arrepentidos y si queremos⁸ obtener nuestro perdón. Si no creyésemos en la misericordia de Jesus caeríamos en la desesperación; si no nos hallásemos persuadidos de nuestra indignidad caeríamos en la presunción: y tanto en uno como en otro caso ofenderíamos una vez mas á Jesus, en un caso por orgullo, en otro por falta de fé. Confiemos por tanto en Dios y desconfiemos de nosotros: apoyados en estas dos virtudes es como debemos presentarnos á Jesus para alcanzar la curación de nuestra alma.

Conclusion. — Resumamos en pocas palabras, lo que acabamos de decir, afín de comprender mejor la esencia. Verdadera lepra es el pecado, lepra que consume nuestra alma, que la despoja de la gracia de Dios y de los meritos que adquirido habia, y enfín que le da la muerte eterna, sino se cura y es perdonada durante la vida temporal. El pecador para obtener esta curación y perdón, no dispone mas que de un solo medio: es preciso que como el leproso del Evangelio, se arroge á los piés de Jesus en la persona de sus ministros, que descubra á los mismos las llagas de su alma y pida perdón con confianza y humildad. Como todos somos pecadores ese y no otro debe ser nuestro modo de proceder. Si no obramos de la suerte, sea por falta de fé, sea por desesperación, por presunción etc; no habrá perdón para nosotros, inútil será que nos figuremos lo contrario, y la muerte eterna, el infierno será la suerte que por una eternidad no estar á reservada. Si imitamos al leproso fiel y exactamente, Jesus se compadecerá de nosotros del mismo modo que de él compadeciósese, curará y perdonará á nuestra alma que vuelta á la vida de la gracia gustara por una eternidad de eternidades las celestiales delicias. Amen.